

ESPASA, Andreu, *Estados Unidos en la Guerra Civil española*. Los Libros de la Catarata, Madrid, 2017, 271 pp.

En los últimos diez años, ha crecido notablemente el número de historiadores españoles y estadounidenses que se han ocupado de la posición de la administración de Franklin Delano Roosevelt ante la guerra civil española. Pienso en autores como Aurora Bosch, Joan Maria Thomàs, Dominic Tierney, Michael E. Chapman y Misael Arturo López Zapico, cuyas investigaciones han aportado numerosos datos y puntos de vista sugerentes acerca de la política de los Estados Unidos hacia España. El libro de Andreu Espasa, historiador barcelonés y profesor de la Universidad Nacional Autónoma de México, se suma a este renovado interés por el tema, partiendo, eso sí, de un enfoque más marcadamente geopolítico. Es decir, un punto de vista interpretativo que considera necesario combinar el estudio de las ideologías y las relaciones internacionales de la clase dirigente estadounidense del momento con las necesidades políticas, económicas y energéticas del país determinadas por su posición geográfica y su incipiente proyección imperial. Dicho de otro modo, centrar una investigación en la geopolítica equivale a redimensionar la importancia de la ideología en las decisiones de un gobierno, y sobre todo en aquellas relacionadas con la política exterior. En última instancia, la idea-fuerza que guía la política exterior de un gobierno suele ser la de fortalecer al Estado-nación, asegurar su defensa militar, apuntalar sus intercambios comerciales y acrecentar su posición en el tablero internacional. La misma idea-fuerza en torno a la cual la Casa Blanca articuló su postura en lo tocante al caso español. Pero vayamos por partes.

El libro empieza con tres capítulos que sintetizan la estrategia de la diplomacia norteamericana de entreguerras y la posición de la administración de Franklin Delano Roosevelt ante el estallido de la guerra civil en España. Roosevelt, que de joven había sido un ferviente internacionalista wilsoniano, con el tiempo había ido adaptándose al aislacionismo dominante en la política estadounidense de los años veinte y treinta, es decir, a la idea de que el país debía rechazar tanto el ingreso en organismos supranacionales como la Sociedad de Naciones como el mantenimiento por la fuerza del *statu quo* establecido en Europa tras la Gran Guerra; y que la prioridad de Washington tenía que ser —conforme con una «concepción del mundo que dividía el globo en regiones con sistemas de seguridad diferenciados» (p. 27) y con la aceptación de la política de *appeasement* de Francia e Inglaterra con las potencias fascistas— mantener su histórica influencia en las Américas. Además, dicho aislacionismo era reforzado por la fuerte oposición a los programas de rearme que Roosevelt tenía pensado llevar

a cabo en su primer mandato y que le obligó a firmar la primera Ley de Neutralidad (1935), por la cual quedaban prohibidos la venta de armas y el uso de barcos nacionales para transportar armamento a las naciones en guerra. De modo que, cuando estalló la guerra civil en España, Washington se escudó en el espíritu de su legislación de neutralidad para negarse a vender armas a un gobierno republicano de España que, por otra parte, tampoco gozaba de demasiada simpatía en el *establishment* estadounidense. Dicha negativa fue tan fuerte que la administración estadounidense modificó, en mayo de 1937, la Ley de Neutralidad para incluir en ella, además de las guerras entre Estados diferentes, a los casos de guerra civil.

Naturalmente estas decisiones no eran sólo el producto de los debates en el Congreso y Senado de los EE.UU. Es por esto por lo que Espasa traza un mapa detallado de los grupos económicos y sociopolíticos que presionaron al gobierno para que asumiera una posición más dura o más favorable hacia la República española. Así, si por un lado ésta pudo contar con la ayuda de la izquierda política y sindical norteamericana, reunida en su mayor parte en el North American Committee to Aid Spanish Democracy, por el otro los militares sublevados recibieron el apoyo de la iglesia católica estadounidense y de las grandes empresas con intereses en España (como las compañías petroleras). Por otra parte, tanto en el Partido Republicano como en el Partido Demócrata se dieron no pocos casos de congresistas que simpatizaron con el bando español en teoría más alejado de sus convicciones políticas personales. El autor sigue, con precisión, cada uno de estos grupos de presión e ilustra su evolución e influencia a lo largo del tiempo.

Con todo, insisto, la clave más importante para descifrar la posición de los Estados Unidos respecto del problema español es la geopolítica, para cuya comprensión hay que tener presente la política de Washington hacia América Latina. Hasta bien entrada la guerra civil española, la administración de Roosevelt se movió en el hemisferio occidental siguiendo las directrices de la Política de Buen Vecino (Good Neighbor Policy), esto es, una estrategia basada en aligerar el intervencionismo militar de EE.UU. en América Latina y fomentar los intercambios económicos interamericanos con vistas a mantener una hegemonía más amable —pero igual de sólida— que la que venía ejerciendo desde la formulación de la Doctrina Monroe. A la larga, la voluntad de conservar dicha hegemonía empujó a Roosevelt a acercarse a la causa republicana española. En efecto, la Casa Blanca comenzó a temer que el aumento de la propaganda política y de los esfuerzos por penetrar económicamente en América Latina por parte de Alemania e Italia pudiesen desestabilizar a los países americanos y acercarlos a la órbita fascista. El caso del brasileño Getulio Vargas, cuyo gobierno manifestó a partir de 1937 muestras de fascistización, confirmaba estos temores. Y, desde luego, la posible victoria de Franco en España, es decir, en un país que mantenía sólidos vínculos con los países americanos de habla castellana, acrecentaría este peligro.

En función de estas preocupaciones Roosevelt también orientó su política hacia su vecino más importante, México, al que Espasa dedica sin duda uno de los mejores capítulos del libro. Es sabido que, en nombre de una sólida afinidad ideológica, el gobierno de Lázaro Cárdenas fue el aliado internacional más fiel de la República española durante la guerra civil. Su compromiso se tradujo en ayudas materiales y en una intensa acción diplomática en la Sociedad de Naciones para denunciar la política de no intervención promovida por Francia e Inglaterra. En cambio, es menos conocida la importancia de la vida política interna mexicana en la posición que mantuvo Estados Unidos sobre España. Me refiero a la nacionalización del petróleo de México decretada por Cárdenas en marzo de 1938, que empujó a las compañías petroleras estadounidenses, que controlaban el mercado mexicano, a coquetear con la tentativa de golpe de Estado protagonizada por el general Saturnino Cedillo. La Casa Blanca, pues, se encontró ante el dilema de apoyar una revuelta que prometía proteger los intereses económicos estadounidenses o de respetar la legalidad democrática en México, salvaguardar la Política de Buen Vecino y evitar el peligro de una guerra civil al estilo español al sur del río Grande. El hecho de que Cedillo estuviera en contacto con la embajada nazi en México y se declarara un admirador de Francisco Franco —y que, por tanto, pudiese ser instrumentalizado por las potencias fascistas europeas para condicionar la política latinoamericana— convencieron a Roosevelt de la necesidad de mantener una actitud conciliadora con Cárdenas. No sin motivos, el presidente norteamericano veía paralelismos entre México y España. De modo que la crisis con México sirvió para que Washington adquiriera conciencia de que una victoria de Franco en España, y por ende el reforzamiento político de Alemania e Italia, representaba una amenaza para su hegemonía en las Américas; máxime después de los acuerdos de Múnich de octubre de 1938, que, si por un lado conjuraban el peligro de una guerra en Europa, por el otro dejaban campo abierto a los gobiernos fascistas para, como afirmó el secretario del Tesoro Henry Morgenthau, «establecer áreas de apoyo económico y político en nuestro sur» (p. 208).

Este fue el motivo principal por el cual la administración de Roosevelt se acercó a la causa republicana a partir de otoño de 1938, a través de los intentos de vender trigo y de poner fin al embargo de armas al gobierno de Juan Negrín en enero de 1939, justo cuando las tropas franquistas se apoderaban de Cataluña. Ambas iniciativas fracasaron por la acción del lobby profranquista en EE.UU. y la tibieza de un Congreso que veía la caída de la República española como inminente. En suma, el gobierno de Estados Unidos actuó tarde y cuando ya era imposible frenar la ofensiva de los militares sublevados en España. Aun así, toda la clase dirigente norteamericana sacó diferentes lecciones políticas de la guerra española que Espasa explica en un último y estimulante capítulo final.

Para concluir, creo que —aunque en el libro de Espasa se eche en falta una introducción que proporcionara al lector una idea más precisa de sus planteamientos historiográficos— estamos ante una ambiciosa y lograda investigación

que será de gran utilidad a todos los que se ocupan de la dimensión internacional de la Guerra Civil española. Por lo pronto porque es un estudio que entrelaza, a través de un uso riguroso de la bibliografía y las fuentes diplomáticas estadounidenses, causas económicas, políticas y culturales; más en concreto, para dar cuenta de su objeto de estudio el autor tiene en cuenta la evolución de la economía y de la lucha política estadounidenses, las tendencias culturales presentes en la sociedad y hasta los cambios en la llamada «opinión pública». Todos estos factores, y no sólo la acción concreta del presidente Roosevelt, contribuyeron a conformar la línea del Ejecutivo norteamericano acerca de España. En segundo lugar, porque su análisis del papel de EE.UU. no se limita a la relación que Washington mantuvo con los dos bandos españoles en guerra, sino que —de acuerdo con el tipo de análisis geopolítico que he mencionado más arriba— también abarca la estrategia que diseñó el poderoso país norteamericano para contrarrestar la creciente influencia nazi y fascista e impedir que, como iba ocurriendo en España, se establecieran gobiernos filofascistas en el hemisferio occidental. Y por último, hay que destacar el estilo claro y ameno con el que Espasa hilvana sus argumentos y estructura sus ideas en un libro que, por capacidad de síntesis, se acerca al modelo de monografía historiográfica anglosajona.

*Giaime Pala*